



Foto: Jorge Brammayer

# **Los ojos rotos: buscando desde el escenario**

**María Izquierdo**

Actriz y directora

**C**uando leí el cuento de Almodena Grandes, al tiempo que vibraba con la historia, sentí la necesidad de llevarlo al escenario. Era como si dos personas estuvieran adentro mío: la lectora y la actriz hambrienta de teatro.

Me emocionó cada uno de los personajes.

Por un lado estaban Orencio y Miguela con su amor metafísico y muy cerca, lo suficiente como para ser testigo de este amor, Queti con su narcisismo y su culpa. Una bomba de tiempo.

Por otro lado estaban la doctora Rosalía, valiente, comprometida con sus pacientes, Gregoria, la asistente, brusca y querendona, y el doctor, un poco extranjero en su propio proyecto.

Todos personajes bien escritos, con buenos diálogos, metidos en un mundo cuesta arriba.

Tuve la sensación de estar observando la intimidad de dos crimenes. Muertes que nadie investigaría.

Hasta en eso se proyecta el abandono de estos personajes.

También me pasó que leer el cuento y luego ver en el noticiero las imágenes de los huesos de detenidos-

desaparecidos que empezaron a desenterrar en varios lugares del país, me estremeció.

Me sentí responsable.

Cuando decidí dirigirla y actuarla, no me quedaba otra alternativa, tenía que hacerlo.

El cuento está escrito en diálogos y monólogos, es decir que no hay un narrador externo. Es teatral desde su primera frase.

Pensé que estaba tan bien escrito, que yo tenía que encontrar la manera de hacerlo ocurrir. No podía ocupar las palabras porque para eso es mejor leer el libro.

Foto: Ramón López



**Largo viaje del día hacia la noche** de Eugene O'Neill. Dirección de Willy Semler. TUC, 2001. En la foto: Gloria Munchmeyer y Tomás Vidiella.

nan en su actividad memorias que serán formas en el desarrollo de nuestra mente y las podremos encontrar en el dibujo de nuestra voracidad, de nuestro sadismo, de nuestra avaricia o de nuestra ambición y búsqueda del poder.

Toda comprensión del mundo se condensa lo que somos, es decir, tanto la memoria de lo pensado como la memoria de nuestras vísceras. Esta es condición de lo simbólico presente en nuestra mente y en nuestro lenguaje. Entonces, ¿qué es lo que habita en las palabras del señor O'Neill? Habita su cuerpo, un cuerpo convulsionado por el alcohol, corroído por la tuberculosis, intoxicado por la morfina, deformado por la artritis, aterrorizado por la pobreza, violentado por la envidia. Es el cuerpo formado por los cuerpos de la madre, del padre, del hermano, de la propia casa de verano ensombrecida. ¿Cómo sabemos esto? Porque sentados durante la representación lo podemos sentir haciendo eco en nuestras propias vísceras. Esto es lo esencial en la comprensión de las palabras del señor O'Neill, aún más que la historia, ya que como historia no deja de ser algo común.

En esa historia el señor O'Neill escribe sobre su padre o más bien de

un viejo actor suspendido entre la ruina y la sobrevivencia. La sobrevivencia de este padre aparece sostenida en una fantasía grandiosa y en la obstinación. Depende de cuanto logre ahorrar y acumular. Sin embargo esto no lo calma, como tampoco el alcohol, pues la amenaza de la ruina se pasea frente a él en su lugar familiar, impresa en el rostro de su mujer, la madre, y en el deterioro de sus hijos, uno de los cuales, como sabemos, es el que habla sobre esto, Eugenio O'Neill.

Es tan paradójal lo que nos cuenta O'Neill pues toda esta tragedia empezó con el enamoramiento. Fue la madre, como es habitual en estos casos, quién vio en el padre a Dios, a la belleza y al poder encarnados, a esa reencarnación del padre de los primeros días de la vida, imagen que exalta el sentimiento de haberse reencontrado con lo que encaja en plena alma, enajenando al enamorado. Pero ahora, como es habitual, ella se queja de la decepción y sufre la amargura del tiempo perdido. En esta ocasión el dolor melancólico se deja ocultar tras la negación física que trae la morfina, pero aún peor, tras aquella negación ciega del que no quiere ver

para no pensar ni sentir.

Entretanto los dos hijos se pasean en la sala de estar, ambos como pedazos del alma ruinoso del padre que no han logrado la libertad y, por ende, el proyecto propio. Ellos, junto con la madre, también se descomponen. Los primeros, atrapados entre una exigencia y una comodidad que los mata, y ella, repudiando los hechos y refugiándose en el cielo de los santos. Hacia el fondo del escenario el atardecer se deja caer sobre la sala. La historia del señor O'Neill parece terminar allí, pero sólo es la oscuridad de la noche. Los que observan y han escuchado se levantan creyendo que el largo viaje por el cuerpo de Eugenio O'Neill ha terminado, pero en los sueños que en la noche sus cuerpos exuden la escena volverá a repetirse, pero como otra historia, esta vez para que ellos puedan llegar a contarla. ●

**Largo viaje del día hacia la noche** de Eugene O'Neill. Dirección de Willy Semler. TUC, 2001. En la foto: Jaime Mc Manus y Tomás Vidiella.



Foto: Ramón López

En el semisueño lo empecé a ver. Me saltaba el corazón en las mañanas, con la cabeza llena de imágenes. Empecé a tomar notas. Me puse monotemática total.

Me acordé de Mahler, Adamo me saltó de la radio, y por poco me rayo.

Por suerte tenía en mi currículum un par de maravillosas experiencias de montaje con una metodología muy experimental y muy precisa, que no tiene nombre, (al menos que yo sepa). Consiste a grandes rasgos, en reali-

zar el correlato objetivo del texto, dividirlo en unidades de acción, bautizar las unidades con un nombre activo y largarse a improvisar las unidades con toda libertad, eludiendo el texto, en la búsqueda del acontecimiento, de la atmósfera, de las relaciones. Un trabajo de equipo, de inspiración colectiva, de escenario, muy potente.

Lo único que yo sé de dirigir lo he aprendido actuando y es desde ahí que yo quería montar la obra.



Gabriela Aguilera, Cristián Gajardo, Elvira López, María Izquierdo, Sebastián Vila, Angela Acuña y Millaray Lobos.

**Los ojos rotos, historia de aparecidos** de Almudena Grandes. Dirección de María Izquierdo. En la foto: María Izquierdo.

## Ahora **son chilenos**

### **Almudena Grandes**

Escritora

Escribí los ojos rotos en el año 1989, para que formara parte de una antología de cuentos de terror con la que inauguró su catálogo una flamante editorial de Barcelona que quebraría inmediatamente después, sin publicar ningún otro libro. Cuando definí mi relato, en el subtítulo, como "historia de aparecidos", mi principal propósito fue camuflar tras una figura clásica el carácter de un relato que, a pesar de todo, me parecía muy poco terrorífico. Porque lo que sí es cierto es que el personaje que desencadena la acción es un fantasma. Un espectro íntimo y amable para los ojos de Miguela, una aparición amarga y desafiante para la memoria colectiva de mi país. Orencio, mi fantasma, es un soldado de la Segunda República Española, uno de los últimos defensores de aquel régimen democrático, legítimo y legalmente constituido, que se negó a entregar sus armas a un general triunfante, traidor y sublevado. Eso era Orencio hasta ahora. Eso eran Orencio y Miguela, Queti y los demás. Hasta que María Izquierdo se empeñó en demostrarme con algo más que palabras, que este discurso tan usado, tan desgastado de puro repetido, que afirma la universalidad de la literatura es verdad. La patria de un escritor en su idioma, hemos repetido todos también, muchas, nunca demasiadas veces. Ahora, Orencio, Miguela y Queti son chilenos y son quizás más míos que cuando los inventé. La literatura me ha dado muchas cosas buenas en mi vida pero pocas, muy pocas emociones como ésta. ●



Foto: Jorge Brantmayer

Creo que lo mejor de actuar es que uno puede proponer. Cuando un director invita, un actor va. Y así fue como trabajamos. Sin descanso, largas jornadas, buscando desde el escenario, con la brújula del acontecimiento y las atmósferas de nuestra imaginación.

Ni fácil, ni difícil. Muy interesante, muy exigente.

Creo, después de esta experiencia, que la mejor herramienta del director son sus oídos. Escuchar para componer con las melodías de todos. Melodías complejas y a veces diso-

nantas, que van trayendo la historia del libro, al presente del escenario.

### El proceso

Con algunas claridades y un grupo de aliados, incluida la escritora del cuento desde España, nos largamos al montaje de esta historia.

La propuesta de ensayos era de siete semanas que después fueron nueve, jornada completa, de lunes a viernes, con almuerzo incluido.

El lugar de ensayos, el MAC, el estreno en el Teatro del Puente.

El equipo, un grupo de casi des-

conocidos con buenas referencias.

Los actores invitados al trabajo debían poder cantar y bailar además de actuar.

Yo sabía que Mahler y que Adorno, que bifrontal, que blanco y blanco y que la historia debía ocurrir. No quería contarla, quería que nos aconteciera.

En las mañanas trabajábamos danza y música, en las tardes, actuación y puesta en escena.

Dividimos el cuento en unidades de acción, las titulamos y las improvisamos, evitando el texto, aunque

## Triplemente **María**

**Begoña Zabala y Nelson Villagra**



**H**ablar o escribir sobre la puesta en escena de *Los ojos rotos* de María Izquierdo y su Miguella, la mongólica cuarentona, es una especulación inútil, casi impertinente.

Almudena Grandes escribió un hermoso cuento, adaptado, dirigido y actuado por María triplicada. Y ella, la actriz, ha convertido *Los ojos rotos* en una obra de arte, también por triplicado. Una de las obras más conmovedoras e inteligentes que nos ha tocado ver en nuestra vida.

Cuatro meses más tarde de haber visto esa puesta en escena, la emoción perdura en la memoria del sentimiento, y al tratar de describir semejantes emociones y sentires, el corazón late de prisa, los ojos se llenan de lágrimas, y recordamos con toneladas de sana envidia otros *Ojos*, los de María, transmitiendo a través de Miguella –desgarradora e involvi-

rescatando lo medular de este.

Al principio era un borrón medio gutural, que poco a poco se fue estilizando.

Tuvimos improvisaciones realmente reveladoras, que nos iluminaron, que nos hicieron vivir la historia y a la vez contarla.

El trabajo de los actores no se limitaba a crear a los personajes. Desde el principio la invitación era a crear un idioma corporal y musical, que transmitiera las atmósferas, las relaciones y los conflictos.

Poco a poco la revelación de las

Foto: Jorge Brantmayer



**Los ojos rotos, historia de aparecidos** de Almudena Grandes.  
Dirección de María Izquierdo.

dable Miguela-, esa verdad escénica tan difícil de alcanzar en plenitud, y sin embargo imprescindible.

La noche en que vimos la obra, antes de empezar la función nos avisaron que probablemente el Teatro del Puente se movería, como se mueve siempre, y que no teníamos que tener miedo porque era normal, palabras que por supuesto no nos tranquilizaron lo más mínimo porque sentados casi literalmente sobre el Mapocho nos sentíamos funámbulos detenidos peligrosamente en la cuerda floja.

De repente todo ese vértigo desapareció conjurado por el espacio vacío semejante a un altar de rituales sagrados. Y cuando aparecieron los oficiantes fantásticos, poco nos importó si el puente se mecía o se columpiaba. Su estructura de hierro se convirtió en una sinfonía de vasos comunicantes y el ruido proceloso de las aguas del Mapocho, corriendo sin parar, como la vida misma, o como la muerte, nos arrastró a un tiempo sin tiempo, atrapando la eternidad.

Podríamos hablar exhaustivamente de los aciertos de la puesta en escena, por ejemplo de la economía de recursos dándole valor al espacio, al silencio y el gesto; de la precisión quirúrgica del movimiento, del rigor y la

belleza plástica a la hora de danzarlo. De la ejecución apasionada de un Mahler al servicio de las cuerdas más tensas del alma. Y cómo olvidar el "Quiero" de Adamo.

Podríamos analizar su evidente implicancia política. Lo que se cuenta que pasó en la Casa Quemada recuerda tantas cosas en tantos países... Todos y cada uno de los personajes de *Los ojos rotos* pertenecen, como nosotros, al gran manicomio del mundo.

Seguiremos sintiendo y pensando en el privilegio de haber asistido a una puesta en escena y actuación magistral, tanto como cuando vimos a Tadeuz Kantor y su *Clase muerta*.

La historia de Orencio y Miguela es como dice Pérez Abad "una historia turbadora que explora unas relaciones personales desconcertantes, con el denominador común de la locura que, paradójicamente, no significa la negación de la experiencia vital, por el contrario, la engrandecen y solidifican con recursos de ultratumba".

Pasarán los años y recordaremos la mirada rota de María -Miguela-, esos ojos impactantes y hambrientos, capaces de expresar y transmitir todo el amor y la belleza de una manera tan desarmante y rotunda.

Gracias María. Ha sido un placer. ●

## Los ojos rotos, historia de aparecidos

de Almudena Grandes

adaptación colectiva para teatro y danza

Dirección : María Izquierdo

Elenco : María Izquierdo

Elvira López

Catalina Saavedra

Gabriela Aguilera

Sebastián Vila

Cristián Gajardo

Cristián Chaparro

Música : Angela Acuña

Coreógrafo : José Luis Vidal

Diseño : Raúl Miranda

Iluminación : Toti García

Asistente de

dirección : Valentina Pollarolo

Producción : Caioia Sota

improvisaciones nos permitió conocer a los personajes y sus emociones y a la vez, orgánicamente, poner la obra en escena.

El coreógrafo, José Luis Vidal, nos miraba, atesoraba lo que servía, y desechaba lo decorativo, lo ilustrativo, lo feo, lo obvio, en fin, mucho.

Angela Acuña, nuestra cellista, con la cabeza a dos manos trataba de aceptar la idea de ultrajar a Mahler en esta adaptación despiadada de la primera sinfonía.

La belleza de la música y de la danza en gran medida depende de su precisión. Ese era el desafío de las mañanas.

En las tardes, después de nuestros inolvidables almuerzos en que nos fuimos haciendo amigos, el trabajo era más difícil, menos objetivo.

La imaginación, la verdad, el oficio, la motivación, la concentración, el talento, la inconsciencia, la disciplina, el compromiso, son algunas de

las herramientas que tenemos los actores, que necesitábamos para traer a este mundo la vida de Miguela, Queti, Orencio, Rosalía, Fernando, Gregoria, Serafín, Salvador, Orencio y Balbino. Sin duda que todo comienza con la voluntad y esta es sumamente personal e incluso caprichosa.

Me parece interesante la experiencia de proyectar emociones desde lo más profundo del corazón, sin perder de vista la melodía y el ritmo. Es decir, ser el personaje, que no es cantante ni tiene nociones de coreografía, e integrar a la credibilidad, esa capacidad de componer en el espacio con música y danza. Esto le ofrece al actor un desafío que le queda muy natural y que no es novedad por lo demás.

Nada es fácil y ésta no fue la ex-

cepción. Tuvimos múltiples crisis, algunas traumáticas. También tuvimos accidentes, asuntos de fuerza mayor, que a última hora modificaron la puesta en escena mayúsculamente.

Sin embargo la recepción del público, en su mayoría, ha sido de alto vuelo.

Aspirábamos a comprometer la emoción del espectador, a producir una catarsis.

Aspirábamos a crear un mundo creíble e íntimo, con sutiles códigos puramente teatrales.

Creo que el brillo de los ojos tanto del público, como de los actores, demuestra que nos acercamos a ese territorio mágico, donde el teatro alumbra zonas oscuras de la experiencia humana, convirtiéndose en una ventana hacia una dimensión interior. ●

**Los ojos rotos, historia de aparecidos** de Almudena Grandes. Dirección de María Izquierdo. En la foto: Elvira López, María Izquierdo, Gabriela Aguilera y Cristián Chaparro.

